

nos crédito, sepa que Dios da fuerza a sus santos para sostener ásperos tormentos a fin de hacerlos dignos de su gracia. Digo, pues, que José con flagelaciones tremendas de cadenas ensangrentadas se torturaba cada noche hasta faltarle las fuerzas: además del usual cilicio de pelo de cerdo, con que ceñía el cuerpo, llevaba otro más áspero de hierro con puntas agudas, con las que habíase agujereado el cuerpo hasta clavársele dentro de la carne con intolerable espasmo. Testimonio de esas austeridades dejó en la celdita que existía sobre la iglesia, cuyas paredes y piso quedaron teñidos de su sangre. Algunas veces por no poder hacerlo él, llamaba a algún otro que lo golpease sin compasión. Además se rodeaba a la cintura una cadena que apretaba el doble cilicio y duplicaba el martirio. No podía, por lo tanto, sostenerse, y a cada paso se torcía y demostrábase su gran padecer. Se apercibió de eso un sacerdote, muy amante de la Orden, y con quien José trataba cada día. El P. Guardián, por los ruegos de dicho sacerdote, que temía por la vida del Santo, mandó a éste que se quitase el hábito y el cilicio y las planchas de hierro con puntas y la cadena, apareciendo así su cuerpo todo una llaga. Recibió el pio sacerdote del P. Guardián esos instrumentos de penitencia y los guardó como reliquia. Ninguna maravilla si a quien tanto martirizaba su cuerpo por amor de Jesucristo, Dios daba abundancia de todo bien, si le favorecía con toda gracia el alma y muchas veces hasta el cuerpo con vuelos estupendos y visibilísimos: y aún más, le concedía el poder hacer milagros que atestiguaban la santidad de su vida, y le colmaba con aquellos dones celestiales con que distingue en el mundo a aquellos espíritus privilegiados que El quiere en el cielo para que resplandezcan entre las lumbreras más resplandecientes del Paraíso.

